

**EL HUMANISMO GEOGRÁFICO DE
FRANCISCO TAMAYO**
THE
GEOGRAPHIC HUMANISM OF FRANCISCO
TAMAYO

Manuel Bermúdez †

Este don Francisco Tamayo, descendiente espiritual de Humboldt, Jahn y de Pittier ha ido construyendo con los sesos, el corazón y las manos todo un humanismo geográfico a base de tierras, aguas y árboles. Y como ha visitado hasta los más apartados juracos de Venezuela puede diagnosticar sin equivocarse qué es lo que queda de vida y qué es lo que falta de muerte en este país al que Colón confundió con el Oeste del Edén.

El que se ponga a rastrear de dónde le viene a Tamayo ese amor por la naturaleza llegará a la conclusión de que la génesis está en un río. Un libro de escasa divulgación, **El Signo de la piedra** (1968) nos da la clave: Todos van al río a tomar el baño cada día. Al efecto, emprenden la marcha calle abajo, al mediodía, al toque de las doce. Pero cada quien, por su cuenta, sin formar grupo, porque fuera del trabajo quieren conservar el derecho de moverse a gusto".

El derecho de moverse a gusto es una forma de libertad que proporciona el río y es un recurso que utiliza el narrador para contarnos las impresiones de su infancia en la antigua y colonial ciudad de El Tocuyo, donde transcurren una serie de acontecimientos que el autor aprisiona en el tiempo y que macerados por la evocación adquieren un tono poético que los aleja de la simple crónica histórica. El niño que va a la par de los bañistas se da cuenta de que, a esa hora, las mujeres recatadas se asoman tras las celosías para ver a los hombres; pero al mismo tiempo, el adulto que narra, nos informa que el altiplano donde se asienta la ciudad "es un terreno cuaternario de sedimentación, compuesto de alternas capas de arcilla y arena". Y ese niño y ese adulto empiezan por buscar el origen y el curso del río.

El río viene de lejos. De las fronteras mismas con Trujillo, de donde trae un vago olor a páramo, a frailejón y a poleo. Primero corre entre abruptas montañas pobladas por matorrales y selvas vírgenes. Después, lentamente va abriéndose en tímidas laderas, en angosto valle y en ancha llanura.

Ellos, el niño y el adulto, nos cuentan la epopeya del río: la potencia de sus hombros de agua rodando cantos de enormes dimensiones para construir la enorme meseta donde tuvo su asiento la señorita ciudad de El Tocuyo. Y cómo al seguir su curso por el valle, la tierra se fue cubriendo de cañamelares que endulzaban las bocas y los aires. El río también desnudaba mujeres. Pero las del pueblo, de "fustán chingado" y senos temblorosos. Y daba agua a las gentes y a los animales. Y finalmente nos señalan el ocaso del héroe.

El río aumenta su color opalino. Las aguas derivan al amarillo castaño y las cañas de azúcar se vuelven más flacas. En ese instante el niño y el adulto desaparecen y surge el diagnóstico del científico: "por allí anda la muerte, pero la verdadera, no la de las casas, sino la de las tierras. Ni es la de las tierras, sino las de las aguas. Tampoco de las aguas, sino la de los bosques caídos para siempre que ya no regulan el curso de las aguas; de las aguas que fecundan la tierra; la tierra que da de comer al hombre habitante de las casas".

Para un literato, el párrafo anterior sería una buena muestra preceptiva de lo que en retórica llaman concatenación. Pero para el científico, hay una buena muestra de cómo se relacionan entre sí los elementos de la naturaleza y cómo el desgaste de uno produce un desgaste en cadena a largo plazo entre los otros.

En un ensayo titulado **Hacia las raíces del Mal**, Tamayo trata de desentrañar la inclinación de los venezolanos hacia la destrucción de los recursos naturales renovables. El enfoque, con pretensiones socio-históricas, peca de subjetivo. Y en momentos el analista se muestra vacilante e impreciso:

De este amasijo de razas, en cuya fusión hubo un acerbo fermento de estados psicológicos sociales negativos, **pudo venirnos** ese desamor por el medio, ese vivir a espaldas de la tierra, esa despreocupación por todo cuanto entraña esencia venezolana. (Subrayado nuestro).

Sin embargo, cuando abandona la perspectiva histórica y tiende la vista sobre la realidad inmediata, se encuentra con el cáncer de cuerpo entero:

Entre los más calificados desafueros cometidos en la última década en Venezuela, figura el de muchos urbanizadores suburbanos y extraurbanos de la zona metropolitana, quienes, haciendo caso omiso de los intereses colectivos, han pasado por encima de consideraciones de todo orden para sacar el triste partido de unas tantas monedas. Las urbanizaciones a que me refiero están ubicadas en cerros, en cabeceras de ríos, en hoyas hidrográficas que surten acueductos y campos de cultivos, o en colinas inmediatas a la ciudad capitalina, en donde las tierras removidas por los banqueos de cerro son arrastradas hasta las vecinas zonas bajas urbanas, transformando sí las calles respectivas en fuente alternativa de polvareda y barrizales.

Lo moderno del humanismo geográfico de Francisco Tamayo radica en que no se queda en la proyección teórica de su sabiduría. ese humanismo tiene una pragmática. No hay rincón del pueblo, camino, montaña u hondanada que sus plantas no hayan recorrido; ni espécimen por minúsculo que sea, que no haya sido motivo de la atención de sus ojos y de su análisis. El espectro de un árbol cuyas raíces aparecen como un ramaje al revés por efectos de la erosión, es suficiente para dejar el testimonio fotográfico que es más elocuente que la imagen a través de la palabra. Un viaje de vacaciones en 1941 al estado Trujillo se convierte en un amplio estudio sobre la región, donde lo geográfico se complementa con lo botánico y lo ecológico, y se logran unas conclusiones, que, de haberse puesto en práctica en la debida oportunidad, aquella hermosa región no hubiera sufrido el desgaste físico que hoy la acosa. El celo de Tamayo por todo lo que es vida en la naturaleza se convierte en proyectil al analizar la pseudo-hombría del deporte cinegético. Cuando pinta al cazador que se esconde en el follaje de los árboles, cerca de los abrevaderos del río o del caño; y desde allí dispara con su rifle de teleobjetivo al cuerpo trémulo de un venadito sediento, la imagen que da no es la de un depredador, sino la de un cobarde y un eunuco.

Y su visión del futuro, previendo desde el presente, lo sitúa en el doble plano de taumaturgo y científico. Sus vaticinios sobre las Mesas de Anzoátegui pueden resultar cuentos de brujo para los ignorantes que

siembran maní por esos lugares; pero para el que tenga un mínimo de razonamiento habrá de reconocer que en esas Mesas:

existen inmensas masas de arena no compactadas que podrían echarse a andar impelidas por el viento para constituir los peligrosos médanos que todo lo soterran y arrasan, y de consiguiente convierten los campos en estériles desiertos. Pero ese desierto potencial no se limitaría al marco de las Mesas, sino que se vertería sobre el Guárico siguiendo la dirección de los vientos dominantes, y así destruiría poblaciones, campos de cultivos, bosques, ríos, hatos ganaderos y todo lo que se opusiera a su paso destructor. Así podrían marchar esas arenas por todo el corazón de Venezuela y se convertiría en un Sahara toda el área comprendida entre la Cordillera de la Costa y el Orinoco.

Este Tamayo, que además de infatigable viajero e investigador, dedica horas de clase a su asignatura en el Instituto Pedagógico de Caracas, es también pedagogo que quiere enseñar a los ingenieros, desde hace muchos años, el valor que tiene la enseñanza de la ecología en las escuelas de ingeniería civil, donde la filosofía que priva no es la del equilibrio con la naturaleza, sino la de los billetes que asoman tras los bastidores de los magnates de la construcción y del macadam.

Si la geografía es una ciencia de relaciones explicativas entre los elementos fisiográficos y ontográficos, como lo sostiene William Morris Davis en su **Estudio inductivo del contenido de la Geografía**, no hay la menor duda de que Francisco Tamayo es geógrafo también a su manera, esto es, con una proyección humanística de esa ciencia.